

INTRODUCCIÓN

1. La politización de la intelectualidad española y el papel de Antonio Sánchez Barbudo antes de la Guerra Civil

Cuando Antonio Sánchez Barbudo es preguntado por Francisco Caudet sobre el proceso de politización de la juventud española, no duda en ubicar su inicio hacia finales de los años veinte: «Yo, como tantos otros de mi generación, despertamos cuando las agitaciones estudiantiles contra la dictadura, en 1928 y 1929. Para mí, ello es un hecho indudable. De atonía e indiferencia absoluta, pasé, pasamos, en semanas, a efervescencia, sueños utópicos y de sacrificio, acción» (Sánchez Barbudo en Caudet, 1975: 470). En otro texto autobiográfico, publicado en el número de homenaje editado por *Anthropos* en 1993, completa esta primera vivencia revolucionaria con el siguiente testimonio: «Admiraba el valiente desafío que los futuros galenos, encerrados en la Escuela de Medicina, hacían a las autoridades; y participé en las manifestaciones y carreras que se produjeron con motivo del regreso a Madrid, desde el exilio, de Miguel de Unamuno» (Sánchez Barbudo, 1993: 23)¹.

Por entonces, Antonio Sánchez Barbudo contaba con dieciocho años y cargaba con una mochila repleta de mudanzas y soledad, lo que marcaría buena parte de su producción narrativa, que aquí atenderemos. Nacido en Madrid en 1910, pasó allí parte de

¹ Este clima de activismo político fue de tal impacto para la juventud creadora que Luis de Zulueta llegó a agruparlos bajo el rótulo «La generación de la Dictadura» en un texto homónimo (*El Sol*, 20 de enero de 1931).

su infancia hasta 1919. Su madre, ya enferma, había fallecido en 1918, a causa de la epidemia de gripe², y su padre, periodista de guerra, había sido destinado en Francia. Entre 1919 y 1922 marchó a Barcelona (al domicilio de unos familiares paternos en la zona de Cortes) y a Mallorca (como interno en un convento de frailes y, después, en una casa del centro, junto a su padre), hasta el fallecimiento de este cerca de la Navidad de 1922 como consecuencia de una pulmonía. Se produjo entonces un nuevo traslado a Madrid, a un chalet de Ventas propiedad de María, la hermana mayor de su padre. Cuando Sánchez Barbudo rememora aquella casa, lo hace recordando los restos de un pasado burgués ya perdido, en el que nunca acabaría de encontrar su sitio:

Todo en aquella casa resultaba extraño para mí. En vitrinas, estanterías y mesas se veían figuritas de plata o de marfil, curiosidades varias y estampas de santos, así como también recuerdos de pasadas grandezas y retratos de familia. Entre estos estaba el de mi abuelo, un coronel muy digno con su uniforme de gala y su larga perilla; y también el de un señor muy gordo, con su toga y su birrete, alto magistrado en Cuba, muerto ya hacía muchos años. Ese fue el primer marido de mi tía María (Sánchez Barbudo, 1993: 20).

² Según sus textos autobiográficos, podemos suponer que la relación con sus padres fue compleja y lejana. Dice: «También, después, en la habitación grande de un sótano: [mi madre] se movía furiosa y hablaba a gritos durante una violenta discusión que tenía con mi padre [...] La última vez que recuerdo haberla visto fue una tarde en el Retiro. Alguien debió llevarme allí, hasta la puerta, para que pudiese encontrarme con ella. Mis padres ya no estaban juntos y yo no sé con quién viviría entonces [...] Sentía yo pena, una cierta congoja que en mi recuerdo se mezcla con un fuerte olor a eucalipto. Luego vino la corta temporada que viví con mi tía Pura. A mi madre no podía verla, y de ella me llegaban solo vagas, oscuras noticias. Debí aquella ser la época en la que estuvo muy enferma. Solo mucho más tarde supe que había fallecido en 1918, a consecuencia de la gran epidemia de gripe de aquel año» (Sánchez Barbudo, 1993: 19).

Introducción

Asistió entonces a un colegio de frailes, cercano a Ventas, donde las actitudes violentas de sus docentes y de su director, afirma, «fueron el germen de un anticlericalismo que, moderado al principio, se convertiría en virulento años más tarde» (1993: 21). Tras una grave crisis económica, en torno a 1924 su tía hubo de marchar a Portugal, al abrigo de otra de sus hijas. Por entonces, Sánchez Barbudo se trasladó al Barrio de Salamanca, a casa de su tía Pura, hermana mayor de su madre. De nuevo, el joven habitó un domicilio marcado por la pérdida, en el que se acrecienta el sentimiento de soledad y desarraigo: «Tenía incluso portero, con gorra y todo. Esto hacía imaginar bienestar, abundancia en la que vivirían todos sus inquilinos. Pero una vez dentro del piso de mi tía, lo que descubrí pronto fue más bien lo contrario: escasez. Y no solo de comida, sino también de afecto y de cariño» (1993: 21).

Esta suma de ausencias no queda únicamente como un detalle biográfico sin mayor importancia, sino que se deja entrever en su narrativa posterior. Muchos de los personajes de Sánchez Barbudo hacen de su soledad un espacio clave para la reflexión personal y política (sucede en varios relatos de *Entre dos fuegos*, como «En las trincheras»). Por otra parte, en algunas narraciones del exilio, no recogidas en este volumen, como «El extraño y el ausente» (Sánchez Barbudo, 1957), el autor recupera la pérdida del padre, relacionada con la ausencia de la patria (motivo central en su pensamiento sobre el que orbita *Una pregunta sobre España*, publicado en México por la Editorial Centauro en 1945)³.

La vocación literaria de Sánchez Barbudo se había construido con la ayuda de su padre, periodista de profesión y que, como él mismo cuenta, solía comprarle «esos libros que él creía indispensable que leyese un chico de mi edad: Julio Verne, *Los tres mosqueteros...*» (1993: 20) y, también, gracias Emilio García Gómez,

³ Sobre el libro, recomendamos la consulta de Caudet (1993) y de Martín Gijón (2013).

«el asceta de la Guindalera» (1993: 20), un hombre bohemio y pulcro que dedicaba su vida al estudio y en cuya casa pasó Sánchez Barbudo numerosas tardes de su adolescencia rodeado de los centenares de volúmenes de su biblioteca. Aunque no acabó por materializarse hasta tiempo después, esta vocación hubo de ser temprana, como demuestra una visita a casa de Antonio Machado en 1925, narrada en *Ensayos y recuerdos* bajo el título «Antonio Machado en los años de la Guerra Civil» (1980: 7-48).

Un punto de inflexión determinante en la posterior carrera literaria de Antonio Sánchez Barbudo está relacionado con las escasas posibilidades económicas de su familia. Sabiendo que no podía ir a la universidad por su elevado coste, decidió presentarse al examen de ingreso de Técnico Químico en la Escuela Industrial en 1926. Pronto, sus anhelos científicos fueron arrinconados por un renovado acercamiento al arte: «Sé que fue decisivo el descubrimiento que un día hice, en un rincón de la biblioteca de la Escuela Industrial, de la *Biblioteca de Autores Españoles* [...] Me interesaba sobre todo la poesía, pero también fragmentos de muchas otras diferentes obras. Y aquellas lecturas me llevaron a otras, que hacía en la Biblioteca Nacional. También descubrí una *Historia del Arte*» (1993: 22). En estos años, junto a su recién conocido Cristóbal Simancas, comenzó a viajar alrededor de los pueblos y ciudades de Madrid, lo que contribuyó a despertar su espíritu artístico, al comprender vagamente que la literatura era la herramienta necesaria para «decir lo indecible» (1993: 23).

Con la llegada al poder del general Berenguer, España se abrió hacia ciertas libertades que perseguían aplacar los ánimos revolucionarios de la juventud estudiantil que en 1928 y 1929 se había levantado contra la dictadura de Primo de Rivera. Entonces, Sánchez Barbudo entró a formar parte, durante unos meses, del Partido Republicano Radical Socialista, como miembro del comité directivo de las juventudes. Aunque breve, su paso fue el primer contacto directo con la agitación política orgánica y le permitió

participar en algunas conferencias, como la celebrada el día 28 de agosto de 1930 en el Centro Radical Socialista de la calle Lozano 3, que llevó por título «Bases y orientaciones de la moderna democracia» (*La voz*, 27 de agosto de 1930, p. 4). De hecho, fue Álvaro de Albornoz, dirigente del partido, quien lo incitó a participar en su primera acción directa. Junto a otros camaradas, formó parte de un asalto fallido al Cuartel de la Montaña, por el que fue encarcelado en la Modelo, de donde pudo salir, finalmente, en marzo de 1931. Con la instauración de la República el 14 de abril de ese mismo año, quedó anulado su proceso judicial⁴.

En la cárcel tuvo ocasión de leer a Nietzsche, a Schopenhauer, a Trotsky y algunas novelas de Fedin (Sánchez Barbudo, 1993: 24; Núñez Álvarez, 1993: 38), lo que, además de reforzar su visión ideológica comprometida con la causa proletaria, también lo llevó a tomar la férrea decisión de convertirse en escritor. Quiso la casualidad (o la causalidad, más bien) que, durante la primavera de 1931, en las aulas y pasillos de la Escuela Industrial, conociera a Enrique Azcoaga y a Arturo Serrano Plaja, alumnos, como él, decantados por los estudios técnicos al resultar más económicos que los universitarios. Hay, por tanto, un gesto de clase en este fructífero encuentro, ya por entonces más literario que científico. Pronto, Sánchez Barbudo comenzó a colaborar con un periódico vallisoletano y con *La gaceta literaria*. En este último publicó «Las rectas se curvan en los espacios» (Sánchez Barbudo, 1931: 9-10), un primer poema en que utiliza aspectos de la recién aprendida teoría de la relatividad: «Me refería a la perplejidad del hombre ante un universo en el que parecen regir leyes muy diferentes a las nuestras» (Sánchez Barbudo, 1993: 25). Después, llegaron colaboraciones con *El sol*, como «Dolida, profunda España» (Sánchez

⁴ En la «Autopercepción intelectual» escrita por Sánchez Barbudo para su número homenaje en *Anthropos*, puede leerse con más detalle el relato de este fallido y un tanto esperpéntico asalto (1993: 23-25).

barbudo, 1932a), un breve artículo de opinión en el que orilla el tema España desde una óptica noventayochista y en el que bosqueja unas reflexiones filosóficas sobre el *ser* español que culminan con estas palabras:

Y así es la tradición eterna, viva en la raza. Así es España: muda de su dolor en un pasado; sangrante, pero siempre profunda, sincera; ansiosa de la fe en todos los tiempos. Con los ojos abiertos a su sentir y al mundo, eterna. Eternos sus hombres dolidos, en la mirada negro de noche salpicado de luna (Sánchez Barbudo, 1932a: 2)⁵.

Las reuniones y quedadas entre Azcoaga, Serrano Plaja y Sánchez Barbudo fueron cada vez más habituales y hacia finales de 1932, en la casa del primero, ubicada en la por entonces humilde Costanilla de los Desamparados, comenzaron a idear una revista cuyo primer número vio la luz a finales de 1932: *Hoja literaria. Poesía y crítica*⁶.

El periódico *La voz* se hizo eco de ello el martes 11 de febrero de 1933, en cuya portada leemos: «A esta sí la anima un criterio contrario a todo estrecho y maloliente nacionalismo. El aire de las

⁵ El segundo artículo publicado en *El Sol*, del 31 de julio de 1932, es «Las manzanas de Newton. Un libro sobre Voltaire» (Sánchez Barbudo, 1932b) denota «la curiosidad científica del estudiante de la Escuela Industrial y expresa con claridad el desasosiego y la desorientación de un joven escritor ante el momento histórico de cambio» (Aznar Soler, 1993: 42). Las imbricaciones entre el pensamiento científico y filosófico también se explicitan en algunos de los artículos de *Hoja Literaria* como «Las estampas» (*Hoja literaria*, 3, enero de 1933, p. 9), en el que leemos: «Antes estábamos limitados, el mundo era *dinámico*, sportivo. Pero ahora no; nos llena una preocupación más grande; sube ya por el árbol una savia más hirviente y miramos por esos febriles aquí y allá: porque no tenemos en donde clavar nuestras miradas» (Sánchez Barbudo, 1933a: 9).

⁶ Los dos primeros números de *Hoja literaria*, probablemente de noviembre y diciembre de 1932, no están fechados. El primero con fecha es el número de enero de 1933. Véase López García (2005: 95).

Introducción

cumbres penetra en sus pulmones y mueve y arrebató sus páginas. Late allí un alma juvenil y generosa. El porvenir duerme en su regazo» (Blanco-Fombona, 1933: 1). En opinión de Sánchez Barbudo, la orientación de la revista estuvo determinada por los gustos y coincidencias ideológicas de los redactores:

Rechazábamos los restos del «vanguardismo», el arte como juego y esa «deshumanización» a la que se había referido Ortega. Buscábamos, en literatura, una «vuelta a lo humano», a la «realidad». Un deseo este bastante común, que estaba en el aire en muchas partes, aunque nosotros creyéramos entonces que se trataba de algo original. Esa vuelta a lo humano podía verse ya, además, de un modo u otro, en los poetas de la generación del 27, pasado el sarampión del neogongorismo (1993: 27).

No queremos dejar de destacar la descripción que realizó Azcoaga sobre la revista, con el objetivo de complementar las palabras de Sánchez Barbudo y de ofrecer un mejor retrato de la misma:

Los componentes del grupo teníamos en común una fe limpia en el pueblo de España, un conocimiento de la mejor literatura rusa, un aborrecimiento de la «literatura deshumanizada», un respeto por los abuelos que quizás nuestros padres literarios no tuvieron, por mucho que luego hayan dicho, y el entendimiento de la poesía como «manera de vivir» (Tristan Tzara) más que como una particular «manera de hacer» (académicos de las mil modas) (Azcoaga, 1984: 48).

La libertad creativa que les ofreció la revista permitió a Sánchez Barbudo bosquejar algunas apreciaciones filosóficas sobre la soledad generacional en «Juventud única», tan transitada en su propia biografía, y sobre una posible solución colectiva: «Cada vez nos sentimos más solos, si bien más unidos a otros que creen

con nosotros y que coinciden con nuestro sentir, especialmente en aquello que mutuamente nos repugna», leemos en «Juventud única» (1933b: 9). Entiende el escritor la existencia de dos posiciones enfrentadas: un mundo nuevo y un mundo anacrónico que debe ser combatido (en las letras y en la política). Sobre esta oposición construye su siguiente texto, «Curva de anarquía» (1933c: 9), en el que afirma que esa juventud republicana y revolucionaria debe abrazar las ideas bakuninistas y combatir la feliz vanguardia deshumanizada:

Ahora cada vez nos va llevando más la curva de la anarquía [...] Esa es nuestra salvación. ¡Trastornemos el mundo! Que en cada Alonso Quijano hay un enamorado y un loco. ¡Y trastornemos! Que todo estalle, que todo arda, que todo sea silencio y ruinas, cenizas, para así ya morir tranquilos; o que todo sea movimiento y lucha, que todo se conmueva para venir a presenciar nuestra caída. Que en el fondo este afán de máximo desorden no es sino la voluntad angustiosa de no morir *tan callando* (1933c: 9)⁷.

Sin embargo, en opinión de Manuel Aznar (1993: 42-43), el texto que mejor representa la insatisfacción ante la desorientación poética (y política) de la juventud es la reseña a *Espadas como labios*, de Vicente Aleixandre, publicada en el sexto número de *Hoja literaria*⁸: «Los versos surrealistas [...] le sirven como pretexto para criticar la poesía de Aleixandre como un fiel reflejo del atlante humano y la actitud social del poeta [...] expresa la necesidad de superar las insuficiencias del vanguardismo deshumani-

⁷ Nótese el uso de referencias explícitas (Don Quijote) e implícitas (Jorge Manrique) a la tradición literaria hispánica en este fragmento. Este detalle será transversal en su obra ensayística, periodística y narrativa posterior, como iremos desgranando al analizar los relatos de *Entre dos fuegos*.

⁸ A pesar de estas duras acusaciones, en el octavo número de *Hoja literaria* se publicó el poema «Cada cosa, cada cosa» de Vicente Aleixandre.

zado y del individualismo anarquizante a partir de la afirmación de unos nuevos valores poético y vitales» (Aznar, 1933: 42-43), lo que bien podría constituir una suerte de manifiesto personal:

Tú eres siempre apagado. Tu vitalidad es casi nula. Tú no tienes nunca nada que decir. Eres de los poetas magníficos de triste destino. Tu poesía a pesar tuyo es pura decadencia [...] bellísima poesía apenas sin aliento, sin médula [...] Pero esto a mí no me sacia. No me basta. Porque para mí es ya esencial la afirmación. Ha pasado ya con la vanguardia, la época de las negaciones cortantes, el momento duro de los choques y de las aristas, pero es también ya hora de que pase este blando y estéril revolverse de los que íntimamente, aisladamente, aunque sea con toda pureza, sienten en sí el desmoronamiento [...] Hemos de superar también la máxima anarquía de hoy que consiste en que cada uno es, es plenamente en sí, pero solo en sí [...] Así, la poesía, como la posición de Aleixandre, es preciso a toda costa que sea superada con furia, hasta con sangre (Sánchez Barbudo, 1993d: 6).

Como le sucedió a Serrano Plaja en sus primeras composiciones e, incluso, en *Sombra indecisa* (publicado en 1934, pero escrito entre 1932 y 1933)⁹, hay también en Sánchez Barbudo cierta contradicción entre los postulados de su praxis vital (tendente hacia lo revolucionario) y los de su praxis poética (aún anclados en la más inmediata tradición juanramoniana y burguesa del 27). Sánchez Barbudo persigue, aún, la palabra precisa, la belleza intrínseca del lenguaje y la plasmación simbólica del universo literario, descuidando, todavía, la palabra revolucionaria que sí parece emerger de su crítica. Así queda demostrado si atendemos a las composiciones poéticas de la época. Sucede, por ejemplo, en «Silencios del asceta» (1932c), muy sostenido en el cromatismo modernista;

⁹ Para más información sobre la obra de Serrano Plaja anterior a la Guerra Civil, véase López García (2005 y 2008) y Molina Gil (2017).

«Niña de los cementerios» (1932d), que guarda abundantes paralelismos con el *Romancero gitano* lorquiano; «En la noche abierta y clara» (1933e), fácilmente vinculable con San Juan de la Cruz; «Hálito de muerte y renacer de rosa» (1933f), dedicado a Juan Ramón Jiménez y de tendencia purista; «Soledad creciendo» (1934a), de nuevo, salpicada de ecos juanramonianos; o «Poema» (1935a), una honda reflexión sobre el hombre y la divinidad¹⁰.

En cierta medida, la hoy casi olvidada *Hoja literaria*, por su eclecticismo¹¹, por su apuesta hacia la unión de literatura y crítica y por su desvinculación directa con partido alguno, puede comprenderse como la semilla de la que varios años después brotará la áurea planta de *Hora de España*. Más allá de la definitiva creación de un emergente grupo literario, la humilde publicación periódica, que contó con ocho números, favoreció el contacto de sus miembros con el resto de intelectuales afincados en Madrid y les granjeó una experiencia que indudablemente facilitó su posterior labor editorial.

En cierta medida, y casi en paralelo, su compañero Arturo Serrano Plaja había bosquejado un intento de contrapoética en «Hacia otra retórica. Neogongorismos», publicado en *El Sol* (Serrano Plaja, 1932), y de constructo ideológico en «Gide y los intelectuales», en *Hoja literaria* (Serrano Plaja, 1933), que complementan y nos ayudan a entender el posicionamiento crítico de los miembros del grupo de *Hoja literaria*.

En el primero de ellos, Serrano Plaja bosquejaba, como una intuición todavía no fundamentada, la necesidad de construir

¹⁰ En *Noreste* (1934, s/n) y en *Isla* (1935, s/n) se indica en nota al pie que algunas de estas composiciones pertenecen al libro *Poemas de elocuencia*, nunca publicado.

¹¹ Para que nos hagamos una idea de su heterogeneidad y calidad, por sus páginas pasaron los tres fundadores, María Zambrano, Luis Cernuda, Rafael Alberti, Rafael Dieste, Juan Ramón Jiménez, Vicente Aleixandre, Concha Méndez, Ramón Gómez de la Serna, Leopoldo Panero, Luis Rosales, José Antonio Maravall, Ildefonso Manuel Gil o Pérez Clotet, entre otros.